

pulo, a los protestantes. La mayoría de éstos estaban satisfechos del edicto de Nantes, pero Du Plessis-Mornay y La Tremoille acusaban a Enrique IV de tenerlos relegados y sospechaban que abrigaba malos propósitos contra sus antiguos correligionarios; y Turéna, que hubiera debido acordarse de que por la gracia del rey había sido nombrado duque de Bouillon y príncipe de Sedán, tenía necesidad de reñir.

A él naturalmente se dirigieron los conspiradores. El conde de Auvernia, en plena guerra de Saboya, había hecho hablar de un proyecto de acción común entre los hugonotes, Birón y los españoles, idea que él no rechazó en absoluto, si bien declarando que veía algunas dificultades en promover un levantamiento en armas. Además, se le hicieron otras proposiciones por otros conductos. En 1601 reunió en el centro del reino a nueve hugonotes notables (1); les expuso que se formaba un partido en el cual entraban soberanos, príncipes de la sangre de Francia, gobernadores de provincia, parlamentos y muchas grandes ciudades, y les añadió que si los hugonotes querían unirse a aquel partido, los católicos les ofrecían, en caso de triunfar, repartirse con ellos la Francia y dejarles para el ejercicio exclusivo de su religión las provincias del Sudoeste y del Delfinado.

Bouillon, para desvanecer los escrúpulos de los convocados, ofreció demostrar que en Lyon, cuando se firmó el tratado con Saboya, el rey de Francia y los embajadores del emperador y del rey de España habían puesto en manos del legado el compromiso escrito de exterminar a los herejes.

Uno de los nueve personajes presentes, el famoso Agrippa de Aubigné, uno de los capitanes más valientes del partido, el poeta y el historiador de las guerras de religión, hizo observar la imprudencia de una liga con franceses que habían sido «solicitadores violentos» de la ruina de los hugonotes y «que ahora querían oponerse a ella por una caridad cuya causa ni ellos pueden decir ni nosotros adivinar.» «¿Había que perturbar el reino por precaución de los disturbios,» y «ponerse en el agua por miedo a la lluvia,» huir «del rey para caer en las uñas de esos tiranos?» «¿Sabéis acaso, preguntó, si quieren hacernos entrar en una conspiración injusta para... justificarse contra vos de lo que vos habréis hecho contra ellos (2)?» Bouillon no insistió.

El momento, sin embargo, estaba bien escogido para un levantamiento armado. Los pueblos estaban tan descontentos del impuesto del sueldo por libra, que en ciertas regiones el gobierno no encontró quien lo arrendara, y en Poitiers el consejero de Estado Damours, que había ido allí para organizar la nueva contribución, había tenido que huir ante el pueblo amotinado (mayo de 1601). La Saintonge, el Aunis y el Poitou temían

(1) D'Aubigné, IX, 354. Ouvré, *Aubéry au Maurier*, página 67, dice que la reunión se celebró en febrero de 1601 en un castillo del Limousin; pero se equivoca en la fecha ó en el lugar. Cuando Bouillon se separó de Enrique IV en Poitiers (mayo de 1602), alegó, para justificar su partida, que hacía ocho años que no había visto sus propiedades de «Guiena,» y por Guiena parece que debe entenderse el Limousin, porque el documento añade: «Y se fué (Bouillon) al Limousin.» Palma Cayet, *Chronologie septenaire*, pág. 361.

(2) D'Aubigné, IX, 359-360.

siempre que se les sometiera a la gabela; el gobernador del Angoumois, De Epernon, tenía que vengar ciertas injurias; los Birón poseían inmensos territorios en Périgord, y el vizcondado de Turéna era amo del Bajo Limousin. Multitud de emisarios propalaban el rumor de que el rey quería poner en todas partes guarniciones, construir ciudadelas, comprar las salinas y suprimir las exenciones de gabelas. La Rochela murmuraba, y Limoges se sublevó.

Enrique IV supo el secreto de todas estas agitaciones por La Fin, que, espantado de su responsabilidad y deseo de librarse de ella a buen precio, fué a contar al monarca (marzo de 1602) las intrigas de Birón y le entregó varios documentos. El rey, que a la sazón se encontraba en Blois, adonde había ido para vigilar la agitación del Sudoeste, pidió a los duques de Epernon y de Bouillon su parecer sobre aquellos disturbios: De Epernon protestó de su fidelidad y Bouillon respondió francamente «que tenía grandes motivos de descontento, porque uno solo mandaba todos los Estados del reino.» Y añadió que el monarca decidía con la gente de poco más ó menos el establecimiento de los impuestos, y que los grandes señores, como no conocían la razón de los mismos, no podían hacerlos entender a los pueblos. Enrique IV no replicó y aun dijo que Bouillon partiera para sus dominios del Limousin.

El rey llegó luego hasta Poitiers y recibió afablemente a los diputados de La Rochela que fueron a saludarle, pero envió a Limoges, que pedía perdón, a Jambeville, presidente del Gran Consejo, para procesar a los sediciosos, algunos de los cuales fueron ejecutados.

Muy pronto, empero, regresó al Norte a fin de vigilar más de cerca a un ejército español que, habiendo salido del Milanesado con dirección a Flandes, iba a atravesar el Franco Condado. Durante todo el viaje desde Poitiers, no había dejado de mostrar a Birón la más entera confianza, dejando a su cuidado «el ordenar lo que juzgara necesario para la seguridad de frontera de su gobierno» de Borgoña (11 de mayo de 1602) y rogándole que de las compras hechas en Milán por su secretario Hebert le reservara «dos guardas de espadas, que quiero que escojáis vos mismo, pues mejor que yo sabéis lo que me hace falta.»

Birón se entera de que el rey abriga malos propósitos contra él, pero Enrique IV le tranquiliza y le envía a Jeannin, el cual enviará a buscar a los autores de esos rumores falsos para que «conozcáis con toda exactitud sus imposturas, que por tales habéis de tener sabiendo cuánto os quiero» (Tours, 14 de mayo). Y añadía que le sería «grato verle a su lado y hacerle ver en todas ocasiones los efectos de su buena voluntad (3).»

Birón, después de haber vacilado mucho tiempo, se decidió a reunirse con la corte en Fontainebleau, y la primera frase del rey al verle (13 de junio) fué bastante equívoca: «Habéis hecho bien en venir porque, de lo contrario, os iba a mandar a buscar.» Paseó con él por los jardines, le habló de los avisos que había recibido y le instó para que le dijese la verdad, «lo que no le ocasionaría más que un arrepentimiento.» El mariscal declaró con altanería «que no necesitaba perdón, puesto

(3) *Lettres missives*, V, pág. 594.

que no había ofendido.» Por la tarde Enrique insistió y Birón le rogó que le dijese el nombre de sus acusadores. Al día siguiente, el monarca, que se paseaba por el jardín pequeño, llamó de nuevo al mariscal y conversó con él bastante tiempo. «El mariscal, con la cabeza descubierta, se golpeaba el pecho mientras hablaba con el rey; se cree que eran simplemente amenazas contra los que le habían acusado.» Entonces Enrique resolvió hacerlo prender a él y al conde de Auvernia, el otro jefe de aquella coalición de descontentos. Por la noche, estando jugando con la reina (14 de junio), después de una nueva y también inútil tentativa para decidir al mariscal a que confesase, se separó de él diciéndole: «Adiós, barón de Birón.» En la antecámara, Vitry, uno de los capitanes de las guardias, arrestó al mariscal, mientras el otro capitán, Praslín, hacía lo propio con el conde de Auvernia a la puerta del palacio; y al otro día, los dos prisioneros fueron conducidos a la Bastilla.

Enrique IV mandó que Birón fuese juzgado por el Parlamento, el cual vacilaba en condenarlo sin más pruebas que la acusación de un solo testigo, La Fin, y unos documentos sospechosos; pero uno de los agentes del complot, a quien el duque de Saboya guardaba prisionero temeroso de su indiscreción, se escapó de la ciudadela de Quiers y se presentó a confirmar los cargos. El día 23 de julio Birón fué conducido ante el tribunal del Parlamento presidido por el canciller, para oír los diferentes capítulos de traición que se le imputaban: intrigas con el duque de Saboya y cuestión de Bourg y del fuerte de Santa Catalina.

El mariscal discutió hábilmente las declaraciones, se reconoció culpable únicamente de palabras, «dictadas por un espíritu infinitamente irritado,» y se amparó con el perdón que en Lyon le había otorgado el rey. Pero sobre todo recordó sus buenos servicios: «...Si había hablado mal, en cambio había obrado bien;... los jueces que sostenían la balanza, al encontrar en un lado esas vanas y ligeras palabras que nada malo habían producido, debían fijar los ojos en el otro para ver en él tantos servicios prestados tan útilmente a ese Estado y en tiempo tan necesario que habría sido difícil prescindir de él (1).»

El Parlamento le condenó a muerte y el rey dejó que se cumpliera la sentencia. A pretexto de evitarle una humillación lo decapitaron no en la plaza de Greve, sino en el interior de la Bastilla; pero, en realidad, el gobierno temía una manifestación de simpatía y de piedad, y acaso un motín. En la imaginación del pueblo, el mariscal se había transfigurado en campeón de la fe católica; así es que afluyó la multitud a la iglesia de San Pablo, en donde estaba expuesto su cuerpo, para echarle agua bendita.

Los duques y pares no habían acudido en aquella ocasión al Parlamento, y habiendo sido citados dos veces, ni siquiera se excusaron. Muchos hidalgos opinaban que «la intención del mariscal no era mala;» y no poca gente se indignaba de que el rey, tan implacable con Birón, fuese tan indulgente con otros grandes culpables. En efecto, no había llevado ante la justicia al

(1) Relato inserto en Palma Cayet, *Chronologie septenaire*, libro V, págs. 361-387 (edición del «Pantheon littéraire.»)

conde de Auvernia, a fin de no comprometer, ó de no irritar a Enriqueta de Enragues; y el 2 de octubre mandó ponerle en libertad, no haciéndole nada «por amor al vicio,» según decía un poeta anónimo.

#### V.—Últimos complots

Bouillon, invitado a comparecer para justificarse, guardóse bien de afrontar el Parlamento que era el que había de juzgarle por ser duque y par, y escogió como juez la Cámara partida de Castres. Este tribunal, al que el rey prohibió instruir el proceso, obedeció de mala gana, y entonces el duque resolvió marcharse de Francia y atravesó todo el Mediodía, asistiendo en todas partes con sus correligionarios a la comunión y a la prédica y afirmando su obediencia y su inocencia. Esta actitud era hábil; en efecto, los protestantes estaban tan contentos con la paz, que si Bouillon les hubiese incitado a rebelarse no habría encontrado soldados, y en cambio, presentándose humilde y sumiso, parecía una víctima de su abnegación por la causa y el espíritu de partido hablaba en su favor.

Desde Heidelberg, en donde se había acogido al lado de su cuñado el Elector palatino (enero de 1603), agitó a sus correligionarios de dentro y de fuera. Los príncipes protestantes de Alemania salieron fiadores de su inocencia; el embajador de Francia en Inglaterra no halló crédito en Isabel cuando acusó al jefe hugonote de haber conspirado con Birón y con el rey de España; y los ministros, reunidos en sínodo en Gap (1.º-23 de octubre), se declararon favorables a su correligionario perseguido y, convencidos de que era víctima de alguna maquinación ultramontana, inscribieron en su profesión de fe un artículo diciendo que el papa era «propiamente el Anticristo y el Hijo de la Perdición,» predicho en la palabra divina bajo el emblema de la mujer disoluta vestida de escarlata y sentada sobre las siete montañas de la Gran Ciudad (2).» Uno de los miembros del sínodo, Antonio Renaud, fué a comunicar esta decisión a las academias de Heidelberg, Leyde, Londres y Sedán; pero Enrique IV, irritado por una declaración que causaba escándalo entre los católicos, le prohibió que entrara en el reino. Bouillon recogió al emisario en Sedán y escribió a las iglesias de Guiena que el rey violaba los edictos en contra de él y de Renaud.

El elector de Brandeburgo, el elector palatino y otros príncipes y las ciudades protestantes enviaron al rey una embajada solemne que fué por él muy mal acogida: «Si tenéis en poca estima mi amistad, dijo a los diputados, nada me importa de la vuestra» (26 de abril). Los representantes de Berna, Zurich, Basilea y Schaffouse fueron bien recibidos, pero no lograron mejor éxito. Enrique IV quería que Bouillon se declarase culpable é implorase su perdón ó que, si persistía en declararse inocente, arrostrara las eventualidades de un proceso.

Sin embargo, el interés que el duque despertaba en el mundo protestante no dejaba de mortificar a Enrique IV, pues a él iba unido el éxito de la política en Alemania. El rey, convencido por su amigo Mauricio

(2) Aymon, *Tous les synodes nationaux des Eglises reformées*, 1710, I, pág. 258.

el Sabio, landgrave de Hesse (el más discreto de los solicitantes), consintió en que el duque fuese á verle y no tuviese otro juez que él, dándole todas las seguridades para que pudiera volverse libremente; pero las noticias del Mediodía rompieron este acuerdo.

La ejecución de Birón no había desalentado á todos los traidores. Uno de los secretarios de Villeroy, Nicolás Loste, que entregaba á los españoles todos los secretos de su señor, fué denunciado y, perseguido por el gran preboste, se ahogó en el Marne.

El conde de Auvernia y Balzac de Enragues, que conservaban la promesa escrita de matrimonio y habían reanudado sus intrigas, fueron citados ante el Parlamento y convictos de estar en relaciones con el embajador de España y de fraguar malos planes contra el Estado. Enriqueta, citada también, no compareció; la favorita desafiaba á los jueces y al rey, de quien decía: «No quería que se dijese que había hecho matar á su segunda esposa.» El monarca mendigaba las citas, aun durante la información y el proceso, y su querida, á cambio de algunas complacencias, salvó la vida á su padre y á su hermano. La pena de muerte dictada contra el conde de Auvernia fué conmutada por la de prisión perpetua; Balzac de Enragues fué puesto en libertad y Enriqueta declarada inocente (febrero de 1605). Entonces la famosa promesa de matrimonio fué devuelta al rey y destruída.

La agitación persistía en el Quercy y en el Perigord, en donde la clientela de los Birón estaba todavía emocionada por la ejecución y dispuesta á vengarla. En el Limousin los agentes de Bouillon se movían, y el duque, sin interrumpir las negociaciones, hacía armar secretamente sus castillos de Turena y de Saint-Céré. Enrique IV, noticioso de estos preparativos, avanzó hasta Limoges y mandó ocupar el vizcondado de Turena, y Bouillon, sorprendido, ordenó á los castellanos que abriesen las puertas. Un tribunal solemne juzgó á los conjurados, y aunque algunos de los más comprometidos se habían fugado á España, hubo cinco ejecuciones (diciembre de 1605) (1).

En el entretanto, el Parlamento de París instruía un proceso contra Bouillon, quien entonces ofrecía pedir perdón de sus faltas. Pero para esto era demasiado tarde; el rey quería tener un gobernador y una guarnición en Sedán y había aislado al súbdito rebelde y concedido por seis años más á los protestantes reunidos en Asamblea general en Chatellerauld (1605) la posesión de sus ciudades de seguridad. Al mismo tiempo enviaba á Alemania al señor de Montglás, para calmar los temores de los príncipes protestantes; y habiendo el embajador de España fingido alarmarse á causa de la presencia de un ejército francés en la frontera de Luxemburgo, Enrique IV afirmó su derecho de castigar á un súbdito rebelde.

Marchó el rey contra Sedán con 10.000 infantes franceses y 6.000 suizos, seguido por Sully, gran maestro de la artillería que llevaba 50 cañones. Bouillon, que hablaba de defenderse hasta el último extremo, cogió miedo y se apresuró á entrar en negociaciones (2 de abril de 1606), consintiendo en recibir en la ciudad

(1) En diciembre de 1605 el señor de Mayrargues, provenzal, fué decapitado en París por haber querido entregar Marsella á Felipe III.

y castillo de Sedán y en las demás plazas de su soberanía al monarca y á sus sucesores y á aquellos á quienes el rey designara por medio de letras patentes selladas con el gran sello.

Para señalar bien la toma de posesión, Enrique IV hizo su entrada real en Sedán con María de Médicis y puso en la ciudadela una guarnición de 50 soldados, cuyo mando confió á Nettancourt, un hugonote.

Después de esta corta campaña, regresó á París escoltado por 800 hidalgos y con un tren brillante, siendo saludado por los cañones del Arsenal y con los gritos de «¡Viva el rey!» y seguido del vencido que iba á caballo, con un traje de color tostado y el semblante taciturno. A esto se redujo el castigo, pues dos años más tarde Enrique restituyó Sedán al duque. Hubiera podido reunir á la corona aquel principado soberano, pero con ello se habría indisputado con los protestantes franceses y enajenado las simpatías de los protestantes extranjeros; para atraerse á los alemanes era hábil, después de haber impuesto la obediencia, mostrar desinterés, ausencia de pasión religiosa y magnanimidad.

Allí terminaron los complots, y los cuatro últimos años del reino fueron tranquilos. Enrique IV quería «en la dirección de sus negocios de Estado ser temido absolutamente y algo más que sus predecesores,» y había logrado su propósito.

### CAPITULO III

#### SULLY, SUPERINTENDENTE DE HACIENDA (2)

I. Vida y carácter del superintendente. — II. Administración financiera. Liquidación del pasado. — III. Impuestos viejos y recursos nuevos. — IV. Un presupuesto de Sully. — V. Resultados de la administración de Sully.

##### I.— Vida y carácter del superintendente

Sully, el superintendente de hacienda, fué quien salvó al Estado de su miseria financiera y proporcionó al gobierno los medios de hacerse obedecer.

Maximiliano de Bethune había nacido en 13 de diciembre de 1560 en el castillo de Rosny, en la Isla de

(2) FUENTES: *Mémoires des sages et royales Oeconomies d'Etat, domestiques, politiques et militaires de Henri le Grand... et des servitudes utiles, obeysances convenables et administrations loyales de Maximilien de Béthune... dédiés à la France, à tous les bons soldats et tous peuples françois.* A. Amstelredam, s. d. (1638). Es la edición original llamada de las tres V verdes. Michaud y Poujolat han publicado después de su edición de las *Mémoires* (2.ª serie, tomo III), las *Remarques* (Observaciones) sobre estas Memorias de Marbault, secretario de Du Plessis-Mornay, de crítica muy informada y muy ingeniosa. *Traité du Revenu et Dépense de France de l'année 1607*, «Revue retrospective,» IV, 1834. *Mercur François*, I, 1611. L'Estoile, *Mémoires-Journaux*, IX. Barozzi y Berchet, *Relazioni dagli ambasciatori veneti*, Francia, I. Fontanón, *Edicts et ordonnances des rois de France*, 1611. Charondas Le Carón, *Code Henri III* (aumentado por Tournet, 1615).

OBRAS DE CONSULTA: Forbonnais, *Recherches et considérations sur les finances de France depuis 1595 jusqu'à l'année 1721*, 1758. I. Mallet, *Comptes rendus de l'administration des finances du royaume de France pendant les onze dernières années du règne de Henri IV, le règne de Louis XIII et soixante-cinq années de celui de Louis XIV*, 1789. Poirson, *Histoire du règne de Henri IV*, III y IV. Clamagerán, *Histoire de l'Impôt en France*, 1868. II. Mirón de l'Espina, *François Mirón et l'Administration municipale de Paris sous Henri IV*, de 1604 á 1606, 1885.

Francia, de una antigua familia noble que se decía emparentada con los Bethune, condes de Flandes, pero que tenía más pretensiones que riquezas. La tierra patrimonial de Rosny sólo valía 420.000 libras y Maximiliano era el segundo de siete hijos.

Nacido y educado en la religión reformada, estudiaba en París cuando la matanza de San Bartolomé (tenía entonces once años) y tuvo la feliz ocurrencia de pasar por entre las bandas de asesinos, llevando debajo del brazo un gran libro de Horas, manifestación muy bien pensada para salvar la vida sin renegar de su fe. Cuando tuvo edad para empuñar las armas, alistóse en el ejército protestante, siguió al duque de Anjou á los Países Bajos y á su regreso de aquella aventura no se separó ya más del rey de Navarra por quien se batió y entabló negociaciones.

Valiente y fiel, no era su propósito, sin embargo, arruinarse en la guerra, y no ha ocultado á la posteridad los beneficios que obtuvo de los saqueos de las ciudades ni los que le proporcionaron sus ventas de caballos. Hombre práctico, ahorraba sus rentas y vivía «de su ingenio, de su paga y de los provechos que sacaba de la guerra,» llevando consigo «un hermoso equipaje en el que jamás faltaba nada, como tampoco le faltaba á él dinero, tan previsor y buen administrador era.» Al rey de Navarra llamóle la atención aquel capitán económico y desde entonces empezó á apreciarle y á formar buena opinión de su ingenio y de su conducta; además hubo de quererle por las cualidades que ambos de común tenían, es decir, el valor, el entusiasmo, la seguridad. Aunque dotados de un sentido muy justo del presente, eran unos imaginativos que á la medida de sus deseos deformaban el pasado y arreglaban el porvenir. El hidalgo de la Isla de Francia, á pesar de su porte grave, no era menos «gascón» que el príncipe bearnés; en sus memorias, que tituló *Sages et Royales Oeconomies* («Prudentes y Reales Economías»), fundió tan admirablemente la imaginación con la realidad, que no es fácil distinguir una de otra. ¿Cómo no debía Enrique IV dejarse seducir por aquella facultad de invención que se explayaba en proyectos y en ensueños, en los cuales se trataba siempre de su grandeza?

Rosny, mientras se batía, buscaba otros medios de prosperar, y entre dos combates, examinaba «los desórdenes...» combustiones que agitan á esta pobre Francia,» y uniendo estrechamente su fortuna á la de su «querida patria» (esta frase tan tierna es suya), buscaba «buenos expedientes... para remediar... esas enfermedades del Estado.»

Enrique IV escuchaba con agrado á aquel pródigo en consejos que le prometía «afluencia de bienes y de riquezas en su Estado,» cuando tanto le costaba proporcionarse algunos millares de escudos. La causa de tal miseria era la guerra, pero más aún el desorden de

Dr. Martin Philippon, *Henrich IV und Philipp III*, 1873. P. Robiquet, *Histoire municipale de Paris*, III: *Histoire de Henri IV*, 1904. Lavissee, *Sully*, 1880. Respecto de las «invenciones» de Sully, Pfister, *Economies royales de Sully et le grand dessein de Henri IV*, «Rev. Hist.», LIV, LV y LVI, 1894. Desclozeaux, *Gabrielle d'Estrées et Sully*, «R. H.», XXXIII, 1887; *Observations critiques sur les Economies royales: affaire de Eause*, «R. H.», LI, 1893; *Combat d'Arques; bataille d'Ivry; guerre de Savoie*, LII, 1893.

la administración. El rey, para poner remedio á aquel desorden, había confiado, á la muerte del superintendente de hacienda De O (24 de octubre de 1594), todo lo relativo á finanzas á un consejo de nueve personas; pero con esta reforma no quedó más favorecido porque los consejeros, pretextando necesidades de Estado, le negaban hasta el dinero para mudarse los calzones y hacer hervir la marmita. En vista de ello, resolvióse á poner al frente de su hacienda á un servidor íntegro que le diera buena cuenta de su dinero, y no pudiendo obtener de los nueve que admitieran á Rosny, cuya honradez brutal temían, se lo impuso por fuerza (abril, agosto ú octubre de 1596).

En octubre de 1596, el nuevo consejero fué enviado á cuatro generalidades para ver si las deficiencias en la recaudación de los impuestos eran hijas de la miseria del pueblo ó si los funcionarios de hacienda pretextaban partidas incobrables á fin de dispensarse «de pagar los gastos que les son ordenados (1).» Rosny, ampliando su misión, estudió también «si habría medio, en solas aquellas cuatro generalidades, de reunirle (al rey) esas cantidades de tres ó cuatrocientos mil escudos que con tanto empeño había pedido á los del consejo y que éstos le habían siempre dicho que era cosa imposible...»

Rosny ha relatado de la manera más dramática aquella expedición financiera á generalidades que no nombra. A la llegada de aquel investigador, que se anunciaba como un justiciero, los tesoreros huían, pero él les mandaba que volvieran á sus puestos, bajo pena de destitución. Según él mismo dice, logró vencer todas las dificultades, obligó á hablar y á presentar sus cuentas á gentes á quienes los miembros del consejo de hacienda alentaban secretamente á callar y á resistirse, y tan bien rebañó en las asignaciones recaudadas por deudas antiguas, pagas atrasadas, rentas y pensiones á personas sin mérito, etc., que regresó triunfalmente á Ruán, donde estaba la corte, trayendo consigo 500.000 escudos en 72 carretas escoltadas por prebostes y arqueros.

De buena gana quisiera él hacer creer que recobró de los funcionarios de hacienda el dinero que habían robado al rey; pero sus enemigos le acusaron, no sin razón, de haber simplemente vaciado las cajas de los contadores y enviado á Ruán, por las vías más rápidas, los fondos disponibles de los ingresos generales. De todos modos, Enrique IV quedó encantado del presente y del que se lo proporcionaba.

Cuando el rey partió para ir á reconquistar á los españoles la plaza de Amiéns, designó á Rosny á los miembros del consejo, como su hombre de confianza. Rosny hizo prodigios durante el sitio: proveyó al ejército de víveres, municiones y artillería, é instaló para los enfermos y heridos un hospital tan bien surtido de todo que, según dice, «muchas personas de calidad y de recursos, al sentirse enfermas,» se hacían llevar á él porque los pacientes estaban allí mejor cuidados que en París.» Además, todos los meses llevaba al campamento 150.000 escudos.

En los intervalos que estas ocupaciones le dejaban

(1) La comisión de Sully, que inexactamente incluyó entre las cartas recibidas durante el sitio de Amiéns (1597), habla únicamente de una información sobre las partidas incobrables.